

de publicada esta ley, serán: los mejicanos, tratados como
traidores, y como á tales se les impondrá la pena de muer-
te; los extranjeros sufrirán la de diez años de presidio.

Art. 31. Las jefes y oficiales de la guardia nacional
que fueren llamados al servicio en virtud de esta ley,
percibirán su haber del erario federal, durante el tiempo
de la comisión que se les diere.

Por tanto, mandó se impriman, publiquen y observen. Pa-
lacio Nacional de México, á veinticinco de febrero de mil
ochocientos sesenta y dos.—Dono Juárez.—V. C. Ma-
nuel Robledo, ministro de relaciones y gobernación.

Y lo comunique á V. para su inteligencia y cumpli-
miento.

Libertad y reforma. México, Enero 25 de 1862.—Do-
nato.

una jornada de distancia; en caso de haberse cometido un
caso por el incendio de las habitaciones y sobre todo de
las provisiones de granos y de la paja, que abundan en to-
da la zona del Anáhuac.

A mi llegada, el 4 de Mayo, pueblo bastante grande,
situado á tres leguas de Puebla, se me informó que el go-
bierno de Juárez había prescrito que se desahuciasen á todo
trance en Puebla; que la ciudad contenía 12,000 hom-
bres de guarnición; que todas las calles estaban arru-
inadas, y que las trincheras estaban erizadas de es-
pinos.

DOCUMENTO NUM. 2.

Hasta entonces ningún otro informe se me había dado;
tal era el sistema de terror ejercido sobre las poblaciones
que se había erigido en hostiles á Juárez.

Al día siguiente, 5 de Mayo, llegué ante Puebla, á las
nueve de la mañana, y desfilé la columna de mi columna á

cosa de tres kilómetros de la ciudad. Recordé que no ha-
bía que vacilar: era preciso apoderarse antes que todo, de

Orizaba 22 de Mayo de 1862.—Señor mariscal:—La
imposibilidad en que he estado de comunicarme con Ve-
racruz, desde fines de Abril, me ha impedido de dar cuen-
ta á V. E. de mis operaciones militares despues del com-
bate de las Cumbres: hoy, habiendo vuelto á Orizaba, es-
pero poder establecer mis relaciones con Veracruz, y tengo
el honor de dirigiros mi parte sobre los acontecimientos
que han pasado desde el principio de este mes.

Salí de la Cañada de Ixtapa el 1.º de Mayo, despues de
combate librado, el 28 de Abril, en las Cumbres. Marché
sobre Puebla sin experimentar resistencia, sabiendo en ca-
da localidad que el general Zaragoza se retiraba ante mí

á una jornada de distancia; su paso estaba solamente marcado por el incendio de las habitaciones y sobre todo de las provisiones de granos y de la paja, que abundan en toda la mesa del Anáhuac.

A mi llegada, el 4, á Amozoc, pueblo bastante grande, situado á tres leguas de Puebla, se me informó que el gobierno de Juarez habia prescrito que se defendiesen á todo trance en Puebla; que la ciudad contenia 12,000 hombres de guarnicion; que todas las calles estaban atrincheradas y que las trincheras estaban erizadas de cañones.

Hasta entonces ningun otro informe se me habia dado; tal era el sistema de terror ejercido sobre las poblaciones que se sabia eran hostiles á Juarez.

Al dia siguiente, 5 de Mayo, llegué ante Puebla, á las nueve de la mañana, y detuve la cabeza de mi columna á cosa de tres kilómetros de la ciudad. Reconocí que no habia que vacilar: era preciso apoderarse, antes que todo, de Guadalupe y San Loreto, cuya posesion aseguraba la de la ciudad.

Despues de haber mandado hacer el café, formé, á las once y media, mi columna de ataque, compuesta de dos batallones de zuavos, de la batería montada del capitán Bernard y de cuatro piezas de la batería de marina del capitán Mallat. El regimiento de infantería de marina formaba la reserva. Los fusileros marinos y la batería de montaña debian proteger la retaguardia de la columna de ataque, que era amenazada por una numerosa fuerza de caballería que se habia presentado sobre mi derecha.

Dejé á los cazadores de á pié para contener al enemigo

que se presentaba tambien á la izquierda en tiradores, y encargué al coronel L'Heriller que protegiera, con el 99 de línea y cuatro compañías de infantería de marina, el convoy, que hice reunir en un punto conveniente.

Habia prescrito á la caballería permaneciese entre el convoy y mi columna de ataque, para hacer frente á las eventualidades que podian presentarse.

Los zuavos, marchando por batallones en columnas, á distancias enteras, por divisiones, teniendo entre sus dos batallones las diez piezas de artillería ligera, hicieron un gran movimiento volteando á la derecha para abordar la posicion de Guadalupe por pendientes accesibles.

El fuerte de Guadalupe tiró primero. Las dos baterías avanzaron hasta el pié de la altura, lo mas cerca posible, para poder romper el fuego contra esta posicion: estaban á 2,200 metros de ella; comenzó el fuego y los zuavos se desplegaron en batalla. El tiro fué generalmente muy preciso, el del enemigo muy vivo y bien dirigido.

Despues de tres cuartos de hora de lucha, hice conducir las baterías un poco mas á la derecha á fin de batir directamente el frente, que los zuavos debian tomar. La batería Mallat se colocó á cierta distancia de la batería Bernard para hacer mas divergente el fuego de los mejicanos, é hice avanzar á los zuavos contra el pié de la altura, de manera á separarlos de la enfilada de los fuegos del fuerte.

La disposicion del terreno no me permitió abrir una brecha practicable; además tampoco tenia el material de sitio necesario para destruir la fortaleza de Guadalupe; resolví entonces tentar un ataque á viva fuerza. Los zuavos,

listos á lanzarse, habian llegado á la mitad de la cuesta; mandé traer cuatro compañías de cazadores de á pié, prescribiéndoles que trepasen por las pendientes á la izquierda de los zuavos, de manera que quedara dividida la línea de defensa del enemigo. Mandé al mismo tiempo al regimiento de infantería de marina, á los fusileros de la misma y á la batería de montaña que apoyasen al primer batallon de zuavos que ocupaba la derecha, y tomé un batallon del 99 de línea para reemplazar como reserva, detrás de nuestras columnas de ataque, á la infantería de marina y á los fusileros de la misma.

Mientras se ejecutaban estos movimientos, una seccion de ingenieros iba con cada columna de ataque, llevando consigo planchas provistas de escalones clavados y costales de pólvora destinados á volar la puerta del reducto. La artillería de á caballo trataba en vano de abrirse paso para trepar á la altura y acercarse al fuerte.

Dí la señal: los zuavos y los cazadores de á pié se lanzaron con la inteligencia y tradicional intrepidez de estos dos cuerpos; hicieron lo que las tropas francesas solo saben hacer: llegaron bajo un fuego terrible de artillería, de fusilería y de metralla hasta los fosos del fuerte; algunos llegaron á treparse sobre las trincheras en donde fueron muertos, á excepcion del clarin Roblet, de los cazadores de á pié que se mantuvo ahí durante algun tiempo tocando paso de carga.

Pero el convento fortificado de Guadalupe, que se me habia descrito como una posicion de poca importancia, estaba armado de diez cañones de á 24, sin contarse los obuses de montaña colocados en las azoteas y las torres;

tres líneas de fuego de fusilería superpuestas habian sido establecidas en las diferentes alturas del edificio, quedando defendidos los soldados mejicanos con una triple hilera tambien de sacos de tierra. Dos mil hombres, cuando menos, mandados por el general Negrete estaban encerrados en el fuerte con una artillería bien servida.

El primer batallon de zuavos, la infantería de marina y los fusileros de la misma, al efectuar su movimiento hácia adelante, habian encontrado á su derecha el fuego de las baterías de San Loreto, y entre este fuerte y el de Guadalupe cinco batallones de infantería en tres líneas. Habian sufrido además una carga de la caballería mejicana, y fueron por esto detenidos á 100 metros de distancia del fuerte.

Me disponia á hacer pasar hácia adelante las dos compañías de zuavos que tenia en reserva junto á mí, en la mitad de la cuesta, cuando una tempestad tropical, oscureciendo el aire, vino á estallar sobre nosotros y á empujar el suelo de tal modo que era imposible permanecer en pié sobre las pendientes que acababan de franquearse.

Habiéndoseme demostrado la imposibilidad de sostener por mas tiempo esta lucha heróica, hice descender á los batallones comprometidos, aprovechándome de los repliegues y cortaduras del camino, y los detuve al pié del cerro para recoger sus mochilas.

Me faltaba hacer trasportar á mis heridos, á quienes durante el combate hice llevar á una granja situada á 2,200 metros del fuerte. Los hice salir en grupos pequeños á fin de evitar el fuego de artillería que continuaba disparando sobre los pelotones.

Quando esta operacion terminó, la noche estaba á punto de cerrar, y mis tropas se retiraron escalonadas á su campamento, en el mejor órden y sin que los mejicanos se atreviesen á avanzar sobre ellas.

Durante lo mas fuerte del combate, las dos compañías de cazadores de á pié, que habian quedado en la llanura, se encontraron envueltas por una nube de caballería sostenida por infantería; estas dos compañías hicieron, ante mi vista una defensa tal, que no sé qué admirar mas, si á los que avanzaban bajo los fuegos de Guadalupe, ó á los cazadores, que sin arredrarse ante el número de los enemigos que los envolvian, formaron cuadro con la mayor calma y mataron ó dispersaron á los soldados de caballería que se precipitaron sobre ellos.

Las pérdidas sufridas en el glorioso combate del 5 de Mayo, se resumen de este modo.

Oficiales muertos.	15
» heridos.	20
Soldados muertos.	162
» heridos ó dispersos.	285

Las noticias diversas que me han venido de los mejicanos, elevan á 1,000 hombres la pérdida del enemigo.

La noche del 5 al 6 se pasó sin que hubiera un solo tiro de fusil.

Tal era, señor mariscal, mi situacion ante Puebla, la ciudad mas hostil á Juarez, segun la opinion de las personas á quienes debia dar crédito; y las que me aseguraban formalmente, conforme á las noticias que habian te-

nido oportunidad de recoger, que yo deberia ser recibido allí con trasporte y que mis soldados entrarian cubiertos de flores.

No podia pensar en atacar las trincheras de Puebla, mientras los fuertes de Guadalupe y de Loreto estuviesen en poder del enemigo: una marcha directa sobre Méjico, dejando tras de mí una plaza fortificada, era imposible: me decidí, pues, á retirarme á Orizaba. Si embargo, para no despreciar la oportunidad de que se me reuniera el ejército del general Márquez, cuya llegada me era anunciada á cada instante, resolví aprovecharme de la tregua que me daba el número de dias de víveres que llevaba conmigo.

Pasé, pues, los dias 6, 7 y 8 adelante de Puebla, limitándome el 6 á rectificar la formacion de mi campo, sin hacer retrogradar por esto las tropas que tenia mas próximas á la ciudad. Esperaba además atraer al enemigo y batirlo en campo raso, si tenia la audacia de venir á atacarme. Tuvo la prudencia de no dispararme ni un tiro de fusil, ni de dia ni de noche.

En fin, el dia 8, á las dos de la tarde, no recibiendo del ejército del general Márquez mas que noticias evasivas y aun contradictorias sobre su proximidad y sus intenciones de venir á reunirse conmigo, comencé á hacer desfilas mi inmenso convoy hácia Amozoc. Yo mismo permanecí en posicion hasta las seis de la tarde, con la mayor parte de las tropas, y me retiré con ellas detrás del convoy, en un órden imponente sin que el enemigo se atreviese á sacar fuera de la ciudad un solo soldado de infantería ó caballería.